

FILOLOGÍA ESPAÑOLA Y LINGÜÍSTICA GENERAL

I. *La vieja filología hispánica frente a la filología y lingüística romance*

HACE sesenta años don Ramón Menéndez Pidal se vio obligado a establecer, con su solo esfuerzo, un lazo sólido entre la vieja tradición española de erudición filológica y la ciencia entonces relativamente nueva de lingüística romance, que se cultivaba sobre todo en el extranjero. No faltaban por cierto precursores indirectos. El gran colombiano Rufino José Cuervo, empezando modestamente como mero purista, observador de la escena local y ávido lector y anotador de los clásicos del Siglo de Oro, había acabado por convertirse en un romanista de primera fila, pero sólo —detalle biográfico que conviene subrayar— después de trasladarse de Bogotá a París. En Portugal, los tres fundadores de la disciplina —Coelho, Leite de Vasconcelos y Gonçalves Viana— habían indagado su propio idioma, tomando muy en cuenta la pesquisa comparativa que habían iniciado los peritos extranjeros. Ocasionalmente, se alejaban de su propio terreno —testigo el estudio de dialectos gitanos que emprendió Coelho—; pero no es fortuito que la monografía de Leite dedicada a un texto provenzal arcaico coincidiera con su residencia en la capital de Francia. Es innegable, pues, que España, a comienzos del siglo xx, andaba en este terreno a la zaga de Portugal, y que éste, a su vez, iba a remolque de Francia e Italia en la tarea tan urgente de reconciliar la humilde tradición filológica del país con aquel espléndido edificio de lingüística romance, verdadera ciudadela de ciencia muy avanzada y bien organizada que se habían levantado los especialistas de la Europa Central. Sin duda alguna, eran romanistas que representaban los tres países de habla alemana, iniciadores como Diez, Schuchardt, Baist, Cornu y Meyer-Lübke, quienes acababan de allanar el camino a un estudio científico —y eso, en aquella época, significaba rigurosamente histórico— de la lengua española. La clave para tal prestigioso tipo de investigación era la gramática histórica, especialmente la fonética (que hoy llamaríamos una modalidad rudimentaria de la fonología).

Aun alejándose de su propio hogar, los filólogos y lingüistas alemanes, austríacos y suizos seguían ejerciendo su poderoso influjo sobre los estudios

hispanicos, a veces a muy larga distancia. En Oporto, Carolina Michaëlis, mujer de extraordinario talento que a los 25 años dejó Berlín para casarse, en 1875, con un portugués, historiador de arte, tuvo, entre otros méritos muy variados, el de practicar, con pericia y elegancia, el arte arriesgado de la conjetura etimológica. Quince años más tarde, Federico Hanssen, filólogo clásico alemán nacido en Moscú, se radicó en Santiago de Chile y no tardó en lanzar una serie de monografías técnicas sobre puntos concretos de crítica textual, versificación, morfología y aun dialectología medievales. En Chicago, Karl Pietsch, primero como escrupuloso catalogador de la Newberry Library, luego como profesor excepcionalmente fecundo de la recién fundada Universidad, ensayó nuevos métodos de crítica textual, identificó la capa más antigua de lusismos en antiguos textos castellanos y preparó el terreno para el análisis de la sintaxis medieval. Entre los suizos, Henry Lang, egresado de la Universidad de Estrasburgo (entonces foco del comparatismo romance), se estableció en Yale, dedicando largos años al estudio de la antigua lírica portuguesa y, ante todo, de la lírica galleguizante castellana. Comparados con este desfile de talento y laboriosidad, los filólogos españoles de fines del siglo XIX eran pocos y, fuerza es admitirlo, no muy destacados. Cierta es que no faltaban algunos archiveros y paleógrafos de verdadero mérito, como Vignau, padre Fidel Fita, así como Paz y Melia; hubo alguno que otro aficionado a la dialectología y disciplinas afines, como el aragonés Borao y el asturiano Rato y Hevia; el marqués de Valmar preparó una edición irreprochablemente nítida de un texto tan difícil como las cantigas alfonsinas; se encuentran colectores y bibliógrafos muy bien preparados de antiguos tratados gramaticales, como el benemérito conde de la Viñaza, y unos poquísimos orientalistas de gran talla, como el granadino Simonet, fundador de estudios mozárabes, frente a semi-aficionados, como Gayangos o Eguílaz y Yanguas. Pero, a medida que tales individuos buscaban nuevas ideas y pautas, clavaban los ojos sin vacilar en la ciencia alemana que daba el tono. La tendencia se hizo más marcada alrededor de 1890, cuando Pedro de Múgica, director de una escuela particular en Berlín, publicó, con breve intervalo, el fragmento de una peregrina gramática histórica de español —la primera, que yo sepa, redactada en esa lengua— y una colección de esbozos dialectológicos, ambos libros anotados por su amigo Unamuno; y cuando éste, después de leer a Whitney, comenzó a ocuparse, en sus ocios, en problemas lingüísticos, enviando, en 1894, un artículo semitécnico desde luego a la *Zeitschrift für Romanische Philologie* como la mejor revista del mundo en esa especialidad.

II. *La filología hispánica y los primeros tanteos de "lingüística general"*

Mientras este delicado proceso de amalgama tardía entre los estudios privativamente hispánicos y la corriente principal de la filología románica comenzó a acelerarse después de 1900, no tardó en cristalizar el problema paralelo de comunicación mutua entre la filología hispánica y la "lingüística general". Me apresuro a agregar que en rigor no existía durante el siglo pasado ninguna disciplina autónoma y completamente desarrollada que mereciese tal rótulo. Lo que pasó es que muy casual y esporádicamente se formaron varios centros para el estudio sistemático de idiomas no indoeuropeos, en su mayor parte hablados en países exóticos (p. ej., los del Nuevo Mundo o del Extremo Oriente). Tales pesquisas se basaban a veces en presupuestos teóricos, que se llamaban "filosofía del lenguaje" —principalmente en tiempos de Wilhelm von Humboldt— o "psicología étnica", el término preferido, algunas décadas más tarde, por Wundt. Unos pocos individuos elaboraban metodologías generales que pudieran servir de fundamento o marco para análisis particulares: en tal movimiento se sitúa la obra de un Whitney, un Max Müller, un Hermann Paul. Sólo los *Principios* de este último, revisados y puestos al día repetidas veces hasta muy entrado el siglo XX, ejercieron gran influjo sobre investigaciones concretas, por estar redactados en alemán, por hacer hincapié en las lenguas indoeuropeas cuyo examen seguía gozando de enorme prestigio y por quedar limitados a operaciones diacrónicas, las únicas que provocaban interés en los círculos influyentes.

Por azares históricos el estudio del español (y, hasta cierto punto, del portugués) se entrelaza mucho más íntimamente con pesquisas en terreno no indoeuropeo que el de cualquier otro romance. Es verdad que parecen correr parejas los substratos ligur y etrusco de ciertos rincones de Italia y el substrato ibero del Oriente de la antigua Hispania (aun haciendo caso omiso de los pintorescos topónimos fenicios y cartagineses en la costa levantina y en las cercanas islas del Mediterráneo). Pero a tales depósitos arcaicos paralelos cabe agregar, del lado hispánico, varias capas más recientes, p. ej., los numerosos euskarismos debidos a una especie de osmosis continua. Aunque el vascuence se extiende a ambos lados de los Pirineos, por lo visto sus repercusiones se perciben con infinitamente mayor nitidez en Burgos que en París. Han sido más sutiles y más complejos los contactos del latín hispánico con el árabe (y, a través de éste, con otros idiomas orientales)

que los roces bastante superficiales del italiano —excepto tal vez en Malta y Sicilia— con el árabe y el turco, y exceden con mucho la infiltración léxica del turco y del húngaro en el rumano. Sobre todo, esta simbiosis prolongada, en un ambiente de bilingüismo, con gran número de lenguas ultramarinas (las indígenas del Nuevo Mundo y las Filipinas en el caso del español, las africanas, asiáticas y las autóctonas del Brasil en el caso no menos notable del portugués) ha producido situaciones sociales y a la vez lingüísticas tan intrincadas que deberían despertar la curiosidad de eruditos de primera categoría en lo que atañe a horizontes amplios y a preparación técnica.

Ha dejado huellas desde la Edad Media cierto interés lego y aun erudito por alguno que otro de estos idiomas, ante todo el árabe, enfocado por su importancia inherente o visto en relación con el iberorrománico; pero conviene admitir que tal interés ha adolecido de tres graves deficiencias: primero, ha surgido a intervalos, sin ningún hilo conductor; luego, se ha limitado casi exclusivamente a intercambios léxicos, en merma de los problemas centrales de fonología y de gramática; por último, no han participado en las discusiones suficientes filólogos arraigados, por sus condiciones de vida, en la tradición española. Esta última circunstancia salta a los ojos si se confrontan las pesquisas lingüísticas con las literarias y filosóficas. De hecho, existe desde hace un siglo una sólida tradición de monografías literarias dedicadas a la simbiosis hispano-oriental —basta evocar los nombres de Codera, de Ribera y muy especialmente de Asín Palacios. Pero en lo que concierne al aspecto lingüístico de aquella convivencia multiseccular, ha sido un grupo de peritos extranjeros —desde el holandés Dozy y el alemán Baist hasta el finlandés Neuvonen— el que hasta hoy se ha hecho cargo de las mayores responsabilidades. A lo sumo, algunos excepcionales eruditos españoles de orientación esencialmente literaria y filológica han ampliado su curiosidad en dirección puramente lingüística— elogio que se puede tributar a Asín Palacios, autor de notables trabajos técnicos sobre toponimia y antigua fitonimia, así como a nuestro lamentado amigo, don Ignacio González Llubera.

En la escena hispanoamericana presenciamos una situación parecida por lo menos en sus aspectos negativos. Mientras no han escaseado colectores de toda clase de indigenismos regionales, desde el borde septentrional de Méjico hasta el confin austral de Chile, la única gran tentativa de síntesis provisoria, en alto nivel científico, se debe al esfuerzo de Rodolfo Lenz. Aludo no sólo a su magnífico diccionario etimológico de chilenismos autóctonos, libro de mucho mayor envergadura de la que hace sospechar su título deliberadamente modesto, ni tampoco a su conocida hipótesis de sus-

trato fónico mapuche —hipótesis criticada con gran severidad por Amado Alonso—, sino a algunos frutos de su actividad tardía, como aquel libro sobre el “papiamento” de las Indias Occidentales sugerido por un largo viaje transatlántico, o aquella quintaesencia de varias décadas de enseñanza práctica y teórica de idiomas así como de plurilingüismo vivido, *La oración y sus partes*. Ese libro, publicado en 1920 y retocado por última vez en 1935, no carece sin duda de fallas, sobre todo por un exceso de psicologismo especulativo, pero con todo impresiona al lector por sus referencias constantes a idiomas que corresponden a culturas bajas a la vez que altas, en curiosa armonía con las obras coetáneas de Boas, Sapir y Bloomfield.

Se puede, desde luego, afirmar que el dominio simultáneo de las lenguas hispánicas, por un lado, y de las así llamadas exóticas, por otro, presupone un volumen de erudición y un grado de elasticidad mental inasequible para la mayoría de los mortales. Sin rechazar tal argumento, me atrevo a insistir en que, aun cuando algunos individuos excepcionales han logrado especializarse en los dos terrenos, rara vez se ha producido una verdadera y fecunda interpenetración de ambas facultades. De ordinario, lo que se alcanzaba era una doble especialización estrecha —que recuerda la aptitud de ciertos individuos flexibles de ser, a la vez, músicos y médicos, sin que su afición al arte adquiriera carácter científico o su ejercicio de la profesión médica se colore con notas artísticas. Lo que faltó, en otras palabras, era la curiosidad por las raíces comunes de ambas especialidades, el descubrimiento de una fórmula más general y el bosquejo de un programa más ambicioso.

He aquí unos pocos ejemplos concretos de tan perjudicial escisión. Debemos a Gavel una historia sumamente detallada de la pronunciación española, en cierto sentido, la síntesis más completa que se haya ensayado hasta hoy. Independientemente, Gavel goza de prestigio como autor de varias monografías sobre el vascuence. Por desgracia, una actividad no empalmó con la otra —defecto que compartían ciertos trabajos de investigadores tan versátiles como el príncipe Bonaparte y que afortunadamente quedó subsanado en algunas publicaciones de Menéndez Pidal, Navarro y Martinet. Para el Nuevo Mundo, tómese la obra impresionante de Lisandro Alvarado, quien, sin ser ni el contemporáneo, ni el igual de un Bello o de un Cuervo, sin embargo representa decorosamente el idéntico humanismo sudamericano. Cronológicamente, los vocabularios del español hablado de Venezuela colocan a ese benemérito erudito a medio camino entre Calcaño y Rosenblat, mientras su examen paralelo de los indigenismos locales, sin igualar las investigaciones anteriores de Lenz, puede calificarse de adecuado; lo deplorable es que estas dos corrientes autónomas de aguda

curiosidad intelectual no hayan confluído. Un ejemplo más: el hispanista finlandés Tallgren-Tuulio dejó excelente recuerdo como investigador del espinoso problema de las sibilantes medievales y, en una etapa posterior de su carrera, como explorador de la cultura hispanoarábica (con particular atención a la astronomía), sin que se descubra la más leve conexión entre las dos orientaciones.

¿Pueden señalarse excepciones a esta tendencia separatista? Muy pocos individuos, dotados de gran independencia, se han esforzado por superar tal división y no siempre con éxito. Uno de ellos fue sin duda Entwistle, verdadero políglota, cuyo interés por la teoría del lenguaje, codificado en un libro póstumo, se despertó demasiado tarde y a demasiada distancia de otros focos de investigación para que su síntesis peculiar resultase remotamente comparable a la síntesis muy lograda de su *European Balladry*. La curiosidad enciclopédica de Henríquez Ureña le predestinaba para esta clase de síntesis, la cual, sin embargo, en su caso quedó plenamente realizada sólo en una pequeña zona del Caribe. Así quedamos con Hugo Schuchardt como el único gigante quien, para alcanzar verdadera maestría como romanista y vascólogo, dio un paso más adelante, convirtiéndose en lingüista general de máxima categoría.

La situación poco satisfactoria que acabamos de evocar no llegaba a ser crítica mientras predominaba la opinión de que en el fondo la filología hispánica (incluyendo su ingrediente lingüístico semi-autónomo) formaba parte de la filología románica, la cual, a su vez, enlazaba de un modo vago e indirecto con una disciplina que apenas se vislumbraba: la lingüística general. Todos estos conceptos y estas jerarquías dependían del plan arquitectónico total del conocimiento humano, con atención particular al sector de lenguas y literaturas. En aquella época el criterio principal de clasificación todavía no era— a diferencia de hoy— ni la metodología, el ideario del investigador, ni lo que en la actualidad se llama “nivel del análisis”, sino el rótulo genético asignado a cada colección de material lingüístico. Los lazos que unían los grupos —rara vez equipos— de investigadores eran sus preferencias por cierta clase de textos: romances, eslavos, fino-úgricos o malayopolinesios, siendo de regla relativamente poco importante si el individuo en cuestión favorecía, en su escala particular de valores, la fonética, la semántica, la paleografía o las bellas letras. En muchos países, el aparato administrativo y científico de las universidades sigue acatando este esquema, mientras la vanguardia académica no deja lugar a dudas sobre su tendencia hacia un sistema muy distinto de organización, a base de método más bien que de material. Una curiosa consecuencia del antiguo sistema

de preocupaciones y adhesiones es que entre las dos guerras mundiales, los romanistas prestaron atención incomparablemente mayor a Bally, a quien consideraban como uno de ellos a base del carácter temático —por cierto, no metodológico— de sus escritos, que al gran maestro de Bally, el original y agudísimo Ferdinand de Saussure, por la sencilla razón de que Saussure, ocupando una cátedra de lingüística indo-europea, figuraba en un círculo académico distinto y, al parecer, poco afín.

III. *Triunfo de la escuela de Madrid*

Una de las razones que podía alegar la mayoría de los filólogos españoles al declararse en favor de una colaboración muy estrecha con el grupo centro-europeo de romanistas era la incontestable excelencia y el incesante dinamismo de la romanística en el primer tercio del siglo XX. Dentro de este período de aprendizaje acelerado y, últimamente, de auge verdadero, aunque breve, podemos discernir varias corrientes, que presento en el orden de originalidad progresiva, sobre todo de la gradual emancipación de modelos extranjeros.

Hacia el principio se sintió una necesidad urgente de traducciones sólidas, en la medida de lo posible con adaptación parcial a las demandas peculiares de lectores españoles. El representante clásico de este género, que nutrió dos generaciones de neófitos, es la traducción, mejor dicho, la reelaboración que hizo Américo Castro en 1914 (y por segunda vez en 1926) de la obra maestra de Meyer-Lübke, a la vez penetrante en su análisis y algo críptica en su formulación: *Introducción al estudio de la lingüística romance*.

Otra modalidad de emulación fecunda era la producción de una serie nacional de manuales, compendios y libros de consulta paralelos a los que ya existían para idiomas congéneres en países de más alta especialización académica. En este sentido, el *Manual de gramática histórica* de Menéndez Pidal, publicado primero en 1904 y puesto al día varias veces hasta 1941, se arrima a ciertos modelos anteriores dedicados al francés (antiguo), al provenzal y al italiano.

Como tercera forma de adaptación, ya más independiente, podrían aducirse los suplementos privativamente hispánicos a empresas de comparatismo románico. Valgan como ejemplo más elocuente las tres misceláneas de agregados y correcciones al diccionario de Meyer-Lübke (primera redacción, 1920) que debemos a la iniciativa del propio Menéndez Pidal, así como a la de Castro y de García de Diego.

Encierra el más alto grado de originalidad la cuarta y, que yo sepa, última clase de avance, que abarca sea imitaciones muy libres de ideas y técnicas surgidas en el extranjero (con la posibilidad de que la imitación supere en calidad al prototipo), sea resistencia tenaz, en forma de crítica o de alternativa elegante, a las autoridades extranjeras, en el caso de que los juicios emitidos por ellas carezcan de solidez como resultado de conocimiento inadecuado de las condiciones hispánicas. Ejemplifican la primera categoría de logro la magnífica gramática que acompaña la edición monumental del *Cantar de Mio Cid*, obra que costó quince años de labor dura a Menéndez Pidal, y particularmente los *Orígenes del español* (1926) del mismo autor, según opinión unánime cumbre de la lingüística histórica española, a cuya zaga vino, con cierto atraso, la excelente monografía de Lapesa (1948) sobre la mezcolanza de asturiano y provenzal en el *Fuero de Avilés*. La alternativa trae recuerdos de los trabajos polémicos de Amado Alonso aún joven y ya muy brillante, como aquellos en que examinó, con la ayuda tácita de Menéndez Pidal, los méritos de la tesis muy vulnerable de Meyer-Lübke sobre la clasificación del catalán o, ya por su cuenta, la atribución de ciertos rasgos fónicos a la acción del substrato o la valoración tradicional de ciertos fenómenos de fonética dialectal, ora peninsular, ora ultramarina (1930). El imponente *Homenaje a Menéndez Pidal* que había salido cinco años antes, en escala internacional, sirvió de prueba irrefutable de que la filología y muy especialmente la lingüística españolas, superando su retraso inicial, habían llegado a su mayor edad.

IV. *Filología frente a dialectología*

La tarea de subsanar un retraso, de alcanzar otro equipo mejor preparado nunca deja de ser ardua y complicada si el propio modelo elegido se halla en un estado de movimiento y cambio perpetuos. La operación compleja que ha de ejecutarse en tales circunstancias recuerda el movimiento de la luna alrededor de la tierra, mientras ésta gira en torno de su propio eje y a la vez da vueltas alrededor del sol. Cuando los hispanistas se afanaban en asimilar el método clásico u ortodoxo que estaba en boga entre los comparatistas —método que simbolizan bien los nombres de Gröber y de Meyer-Lübke—, varias metodologías heterodoxas, basadas ya en teorías pretensiosas, ya en meras tendencias documentales, cristalizaban rápidamente en distintos centros de investigación. Todas estas corrientes tuvieron repercusión en la Península y, fuera de ella, en algunos focos de pesquisa hispánica, aunque a veces —no podemos menos de admitirlo— tales rever-

beraciones resultaron sorprendentemente tardías y débiles. Así, la escuela idealista, que asociamos con los nombres de Croce, en Nápoles, y de Vossler, en Munich, provocó, como era de esperar, una ráfaga de entusiasmo, pero, si se hace caso omiso de la estilística, que merece examen aparte, su efecto, visto retrospectivamente, fue muy reducido: apenas merecen citarse unos pocos ensayos lingüísticos de A. Alonso (p. ej., sobre el léxico del gaucho) y algunas notas de García de Diego reunidas bajo el título de "Etimología idealista", aunque, en rigor, el idealismo se limita aquí a la marcada preocupación por la semántica. Incluso el método estadístico iniciado en Norteamérica por Buchanan y, en mayor escala —léxico, sintaxis, fraseología—, por Keniston (con curiosos paralelos en las investigaciones literarias de S. G. Morley y de sus secuaces), terminó por penetrar en España con un retraso de tres décadas; testigo la escrupulosa computación léxica de V. García Hoz (1953).

Fue probablemente en el terreno de la dialectología donde los jóvenes romanistas europeos, entre 1900 y 1940, encontraron el modo más eficaz de demostrar su originalidad, y es instructivo observar las varias reacciones de las culturas hispánicas a tendencia tan revolucionaria. No tardó en producirse una alianza poderosa entre la dialectología *stricto sensu* y dos movimientos al principio enteramente independientes: por un lado, la proyección cartográfica de datos lingüísticos, mediante toda clase de mapas, y el análisis de la distribución territorial de formas, es decir, la transformación de la geografía en geología lingüística; por otro, el estudio simultáneo del aspecto material de la civilización, de los objetos designados por los regionalismos, bajo la tutela de un método para el cual Meringer y Schuchardt acuñaron la feliz fórmula: "Wörter und Sachen". Pero con eso no se agota la novedad de la geografía lingüística para quienes abandonaron, por amor a ella, las bibliotecas y los archivos, la paleografía y la gramática histórica (con sus rígidas "leyes fonéticas") y casi todos los viejos instrumentos de investigación filológica, aprendiendo el arte de la notación fonética, del dibujo rápido y de la fotografía, de la conversación hábilmente encauzada con gente rústica, en una palabra: de la vida al aire libre, del trabajo en el terreno, de un nuevo bucolismo. Decididamente, una nueva brisa renovaba el ambiente.

A decir verdad, la dialectología, en su forma primitiva, no era enteramente nueva para España: basta recordar la honda curiosidad por el gallego y el asturiano que habían manifestado respectivamente el P. Martín Sarmiento y Jovellanos. Pero la investigación sistemática y técnica, con rigurosa atención al matiz fonético, comenzó sólo hacia principios de este siglo,

siendo otra vez los extranjeros quienes allanaban el camino. En este sentido, las exploraciones de los dos suecos F. Wulff en Andalucía y Å. W. Munthe en la zona astur-gallega, así como la del vasco francés J. Saroïhandy en el Alto Aragón corresponden perfectamente a la tesis de doctorado de C. C. Marden, egresado de Johns Hopkins, sobre las observaciones fonéticas que hizo en la capital de Méjico. El primer trabajo de dialectología moderna realizado por un español fue la monografía programática sobre el leonés que publicó Menéndez Pidal en 1906, y el gran erudito tardó otros veinte años hasta poder presentar la primera tesis estrictamente dialectológica escrita bajo su dirección —el minucioso estudio del subdialecto leonés oriental de Cespadosa de Tormes que hizo Sánchez Sevilla, investigador de notable talento de cuyo concurso quedó privada la ciencia cuando murió a los veinticinco años, víctima de un accidente.

Tuvo capital importancia el hecho de que en España, a diferencia de otros países, quien fue el iniciador de la filología medieval también diera el primer empuje a la dialectología. Así no llegaron a formarse dos grupos hostiles, los medievalistas frente a los dialectólogos, como sucedió en otros países; y el propio Menéndez Pidal, en sus *Documentos lingüísticos* de 1919 y, a los siete años, en su obra magistral, los *Orígenes del español*, demostró la perfecta compatibilidad de los dos métodos y el enorme provecho que un investigador de altas miras y amplios horizontes podía sacar de su delicada interpenetración.

En el ínterin, los dialectólogos extranjeros, en número cada vez creciente, hacían sus exploraciones, sobre todo en distritos rústicos y rincones atrasados —verdaderos islotes de lengua y cultura fosilizadas. Pensemos en el grupo de Hamburgo: Schädel, Giese y Krüger, ante todo en los exhaustivos trabajos de este último así como los de sus alumnos en terreno leonés y extremeño y en la zona pirenaica. Gracias a su originalísimo dialecto y a la amenidad del ambiente, el Alto Aragón se convirtió en poderoso imán que, hacia 1930, atrajo a dos jóvenes romanistas de notable mérito, quienes acabaron por encuadrar sus monografías muy sustanciales en perspectiva peninsular y aun panrománica: Alwin Kuhn y el fino erudito inglés William D. Elcock, cuyo fallecimiento hace dos años, en pleno auge de sus actividades, significó un golpe irreparable para nuestra disciplina. La dialectología del judeo-español iniciada, en vísperas de la Primera Guerra, por Subak y Wagner y orientada al principio hacia los Balcanes, alcanzó mayor envergadura a mediados del siglo, siendo obra casi exclusiva de extranjeros como Luria, Révah, Bénichou y la Sra. Cynthia Crews, muchos, aunque no todos ellos, de abolengo sefardí y de preparación técnica muy variada.

La reacción de los diversos países hispánicos a esa nueva atracción —digo atracción y no oposición, porque ya nos consta que en España, a diferencia de Francia, no se trataba de una rebeldía gillliéronesca contra un viejo régimen— estaba muy lejos de ser uniforme. Comenzaron a pulular esbozos preliminares y monografías desarrolladas, con mapas, dibujos y fotografías, unos tres o cuatro años después de concluida la Guerra Civil, pero a este innegable aumento numérico no correspondió, lo confieso con verdadero sentimiento, ninguna palpable mejora de calidad. Las tesis dialectológicas que se manufacturan en el gran taller madrileño aún no alcanzan el elevado nivel de las que produjeron, a lo largo de cincuenta años de trabajo febril, centros como París, las ciudadelas suizas de investigación lingüística, algunos centros escandinavos, Lieja y León de Francia. En cuanto a la breve tentativa de centralizar y coordinar la dialectología hispanoamericana, fracasó con el derrumbe del “Instituto de Filología” porteño en la época peronista.

Echemos una brevísima mirada al mundo portugués y a Cataluña. El peculiar conjunto de talentos que poseía el incansable Leite le indujo a escribir, a partir de 1880 (es decir, a lo largo de sesenta años), gran número de rápidos esbozos dialectológicos que reunió más tarde en sus *Opúsculos*, frente a una gran monografía sobre el mirandés (1900-01), es decir, un lustro antes del trabajo afín de Menéndez Pidal. Se adelantó todavía más con su breve síntesis de dialectología portuguesa (1901), si se la compara con los dos manuales disponibles hoy para el español. La curiosidad enciclopédica de Leite y su sólido conocimiento de filología medieval en todas sus ramificaciones, de la antroponimia, arqueología, etnografía, folklore y mitología animan sus estudios dialectales y compensan lo escueto de sus análisis fonéticos, gramaticales y léxicos. La *Revista Lusitana*, órgano de Leite desde su primero hasta su último tomo, contiene, en general, listas de regionalismos recogidos por aficionados modestos, con unos pocos comentarios folklóricos. La presente generación de dialectólogos portugueses muestra mayor destreza en el uso de transcripción fonética, pero un solo erudito, Herculano de Carvalho, a raíz de un provechoso aprendizaje en Suiza, demostró verdadera maestría en su magnífico estudio estratigráfico de los nombres del mayal (1953). El portugués insular ha estimulado, por breves períodos, la curiosidad de especialistas portugueses, alemanes y norteamericanos, si bien faltan trabajos definitivos. Todavía más sorprendente es el hecho de que los filólogos brasileños, a quienes la ciencia debe últimamente numerosos trabajos de buena ley en el terreno medieval (P. Augusto Magne, S. da Silva Neto, C. Ferreira da Cunha) e, independientemente,

algún buceo en lingüística general (Mattosa Câmara y otros), hayan titubeado tan largo tiempo en abrir ese enorme “libro de siete sellos” que tanto intriga a todos los romanistas: la dialectología luso-brasileña.

En Cataluña y entre los escasísimos catalanistas extranjeros, un noruego inclusive (P. Rokseth), la dialectología asumió un carácter algo distinto. Barcelona no estaba cerca de Francia y de la Europa Central sólo en sentido geográfico, sino también intelectualmente. De resultas, aquí el proyecto de un atlas lingüístico —planeado en escala menor y sin gran originalidad— se lanzó en fecha muy temprana, antes de la Primera Guerra Mundial, realizándose sólo en parte; tal es el punto de partida de obras más recientes como el atlas de Andorra, preparado por el mismo Griera. La dialectología catalana exhibe otros dos rasgos peculiares en íntima asociación con el trabajo en el terreno y la proyección cartográfica: el marcado interés por la lexicología, muchas veces a costa de otras disciplinas, y la preocupación por el comparatismo románico. Esto no excluye la posibilidad ni de que ocasionalmente surja un buen fonetista, como Pere Barnils, o un sólido estudioso de sintaxis, como Anfós Par, ni de que se escriban gramáticas históricas nada inferiores a aquellas de que disponemos para el español (como las de Moll y de Badía Margarit). Pero el esfuerzo principal se dirigía sin duda hacia la compilación de diccionarios monumentales de catalán —actividad favorecida por el trabajo de equipo y que desde luego corría parejas con la publicación de enciclopedias y otras obras de consulta redactadas en español, por las productivas editoriales de Barcelona. Parece que algunos diccionarios catalanes estaban condenados a quedar incompletos, como el de J. Balari y Jovany, cuyo torso resulta muy útil; otros, precisos y completos en su dimensión histórica, adolecían de cierta superficialidad en lo dialectal, como el de Aguiló; otros, como el *Tresor* de Griera, rebosaban de materiales recopilados, sin brillar por la minuciosidad de su organización. Pero por lo menos un proyecto monumental, que ahora se acerca rápidamente a su conclusión, combina de manera original y plenamente satisfactoria una copiosísima documentación histórica, bien destilada, con una abundante colección de formas dialectales localizadas y transcritas con rigor fonético: me refiero a la obra iniciada por Alcover, en Palma de Mallorca, y continuada —al parecer, sin ayuda oficial, pero con éxito cada vez mayor— por sus beneméritos sucesores Moll y Sanchis Guarner. La ejecución escrupulosa, el caudal de datos fidedignos, la presentación amena y la elegancia del tono elevan esta obra al rango de los mejores diccionarios del mundo, sin rival en los anales de la lexicografía hispánica.

La gran controversia (fomentada no sólo por consideraciones científicas) sobre el lugar exacto que cabe asignar al catalán en la estructura diacrónica de la Romania —debate en que, alrededor de 1925, intervinieron sucesivamente Meyer-Lübke, Griera, A. Alonso e, indirectamente, Menéndez Pidal— exigía atención continua a los romances de allende el Pirineo, justificando la perspectiva comparatista tan esencial, por ejemplo, en conjeturas etimológicas. Por otro lado, el estudio del sardo que practicó con tanta asiduidad Wagner y el del gascón que cultivó, hace un cuarto de siglo, Rohlf s y que sigue cultivando Baldinger, presuponen atención constante al catalán y al aragonés, además del español. Quizás no sea mera coincidencia que fuese un etimologista catalán, J. Corominas, muy al tanto de la lingüística romance general y, en especial, de la dialectología pirenaica, asturleonés y (gracias a su breve residencia en el Occidente de la Argentina) hispanoamericana, quien, con los esposos Kahane y con Hubschmid, hijo, figure en la primera fila de los etimologistas en nuestro campo. Me refiero en particular a los excelentes artículos que publicó, entre 1942 y 1947, en varias revistas eruditas, artículos que, por lo certero de las soluciones, por su concisión y por su tono, me parecen superiores al aporte de su voluminoso diccionario.

V. *La gran crisis: el conflicto entre la filología románica y el estructuralismo*

El cuadro de conjunto que me he tomado la libertad de trazar refleja en gran parte la situación que predominaba en mis años estudiantiles, es decir, en vísperas de la Guerra Civil y de la subsiguiente Guerra Mundial. Aunque algunos de sus rasgos no han perdido su vigencia, particularmente en territorios conservadores, el panorama precede a la gran crisis por la cual pasan actualmente todos los ramos de la lingüística romance, incluyendo los que atañen al hispanismo. Generalmente esta crisis se asocia con el conflicto entre el estructuralismo moderno, es decir, las nuevas escuelas militantes de lingüística general, y la lingüística histórica tradicional. Hasta cierto punto, esa polarización se asemeja al desacuerdo entre la crítica estética tan de moda hoy y la perspectiva histórica (“evolucionista”) en los estudios literarios, y no han de faltar tensiones parecidas en los campos vecinos de la musicología y del análisis de artes visuales. Tarea nada difícil sería reconstruir la génesis de los nuevos movimientos y, aunque no escaseen tentativas de tal reconstrucción, no me desentendería de ese deber de tener tiempo suficiente para semejante digresión.

Mayor sutileza se requiere para identificar las causas del decaimiento de los métodos tradicionales; aunque, sin duda alguna, tal decadencia gradual coincidió con el progreso de las nuevas doctrinas e incluso lo aceleró. De hecho, aun si no hubiese surgido ninguna corriente "hostil", como en ciertos círculos se considera al estructuralismo, es prácticamente seguro que la escuela tradicional de lingüística española pasaría hoy por una fase de estancamiento. ¿Cómo se explica cambio tan marcado? ¿Es lícito hablar de un vuelco trágico de la Rueda de la Fortuna, o se trata de una tendencia comprensible, quizás pronosticable y cuyo curso ulterior podemos aspirar a encauzar en una dirección provechosa?

Me inclino a pensar que la segunda alternativa es la preferible, siempre que, antes de aplicar la cura, hagamos un diagnóstico honesto de la dolencia. ¿Cuáles fueron, pues, los puntos vulnerables del viejo método?

a) Quedaba un residuo de problemas importantes que no había modo de solucionar con los métodos tradicionales. El ejemplo clásico de una investigación interrumpida a medio camino, con gran sentimiento de muchos especialistas, es la clasificación diacrónica de las sibilantes del español antiguo. A pesar de la participación de tres generaciones de peritos (Joret, Horning, Cuervo, Ford, Saroïhandy, Tallgren-Tuulio, Jud, Espinosa hijo, A. Alonso y Lapesa), el núcleo del problema queda por resolver. Lo que hacía falta y, al parecer, no pudo proporcionarse en el momento decisivo, fue un cambio radical de enfoque y no la acumulación de más datos.

b) A no ser que se revisen periódicamente los métodos en auge, hay grave peligro de que triunfe la tendencia natural a la fragmentación del conocimiento. Por ejemplo: al examinar microscópicamente la fonética del mejor compendio de gramática histórica, cada generación de investigadores jóvenes dotada de cierta iniciativa descubrirá ecuaciones etimológicas dudosas. La reacción a tales hallazgos predominante entre los romanistas de las últimas décadas era dilucidar cada caso refractario con gran aparato de erudición filológica y dialectal —un *modus operandi* de intachable probidad. Lo que, por otro lado, faltaba durante largo tiempo era igual capacidad para examinar, con rigor crítico, no una ristra de detalles, sino el propio esquema arquitectónico de una sección entera de la gramática histórica, como si el plan vigente fuese no provisional, sino definitivo e irrevocable. En realidad, tan urgente era la tarea de elegir la mejor arquitectura como la de cerner nimios detalles. Así, la clasificación diacrónica de las vocales átonas representa una curiosa amalgama de dos sistemas enteramente autónomos: uno léxico-acental, que cuenta la distancia de cada sílaba de la acentuada (cf. las categorías "protónica", "postónica" e "intertónica"), y

otro léxico-silábico, que opera con sílabas iniciales, internas y finales. ¿Es realmente indispensable admitir la intrincada combinación de estas dos gamas independientes? ¿No se podría proponer un sistema de clasificación única y, de ser así, en qué presupuestos teóricos se basaría?

c) Como resultado del lazo inamovible entre la lingüística romance —disciplina aristocrática que debería dirigirse a una *élite* intelectual— y la enseñanza práctica de idiomas modernos (lazo cuyas ventajas no ignoro, pero cuyas desventajas me parecen más numerosas y de mayor peso), muchas investigaciones se emprenden por individuos cuyo entusiasmo por nuestra disciplina es, a decir verdad, algo tibio. Esta situación familiarísima acarrea, a mi juicio, varias complicaciones: en primer término, se publican, bajo la presión de un plazo, o el incentivo de una vacante, numerosas monografías a medio cocer; en algunos ambientes el pesimismo es tal que ni se exige a los candidatos la publicación de sus tesis, surgiendo así la categoría muy problemática de investigaciones ya hechas, pero inasequibles, por figurar en ciertas bibliografías, pero no en los estantes de las bibliotecas. Luego, aun las tesis de buena ley adolecen en general de marcado conservadurismo, ya que el clima académico rara vez alienta a los jóvenes a rebelarse contra la “vieja guardia”. Además, gran número de proyectos distribuidos de modo irresponsable nunca se llevan a cabo, bloqueando a veces los candidatos indolentes el camino a los trabajadores de mayor energía. Por último, ciertos temas —por ejemplo, el uso del subjuntivo y de los tiempos verbales, la diferenciación de *por* y *para*— provocan tantos trabajos semieruditos (en parte, francamente pedagógicos) que, si un lingüista de verdadero talento e inspiración científica quisiera abordarlos, debería gastar largos años para coleccionar, analizar y, casi siempre, refutar toda esa producción poco valiosa, llenando sus monografías de polémica pesada y estéril, en vez de un examen directo —siempre más elegante— del problema en cuestión. De ahí cierto sentimiento de inferioridad en los romanistas, cuando establecen contacto con grupos, de ordinario más pequeños, pero casi siempre incomparablemente mejor organizados, de indoeuropeístas, orientalistas o estudiosos de lenguas exóticas modernas.

d) Otro motivo del agotamiento de lo tradicional era un oscuro deseo que parece relacionarse con la famosa consigna política: “Ha llegado el momento de cambiar”. Consta que un irreprimible anhelo de cambios radicales —casi a cualquier precio— en lo que atañe a gusto y moda, se apodera de las sociedades humanas después de algún cataclismo, por ejemplo, una guerra o una revolución. No me cabe duda de que el enorme éxito del estructuralismo en algunas ciencias sociales, mejor dicho, el éxito de ciertos

aspectos de tal movimiento, no siempre los intrínsecamente más valiosos o más significativos, se debe no sólo a sus verdaderos méritos, sino al irrefrenable deseo de reemplazar el método histórico, cada vez más pesado, por algo nuevo, ameno e inmediatamente sugestivo.

e) Por último existe, al parecer de varios observadores, un lazo peligrosamente íntimo entre los métodos, modalidades y (por así decirlo) “estilos” de la investigación científica y el actual prestigio de ciertas culturas nacionales que han producido o fomentado tales actividades. Así, después de una centuria de esplendor intelectual y artístico sin par, Alemania, en dos ocasiones sucesivas, decepcionó gravemente la conciencia del mundo occidental. No presumo decidir aquí la espinosa cuestión de si el subsiguiente rechazo de la cultura alemana en varios países fue igualmente justificado en 1914 y en 1933. Pero, si se me permite aducir un ejemplo concreto, es un hecho demostrable y no mera opinión que en la América de 1917 el repudio arbitrario y violento de todos los valores culturales alemanes, sin excluir siquiera la música de sus grandes compositores del siglo XVIII, produjo un alud que terminó por sepultar los tiernos brotes de la filología románica, caprichosamente asociada con el imperialismo guillermino. De resultas presenciamos, allende el Atlántico, la paradoja de que la nueva filología y lingüística románicas, que ya comenzó a prorrumpir en las revistas y no tardará en cristalizar en libros, nada tiene que ver con el mundo de Pietsch, Lang y Ford. Así, estando relativamente libre de modelos centro-europeos, pudo adquirir la dosis de espontaneidad y atrevimiento imprescindibles en la búsqueda de caminos nuevos.

Antes de inferir las conclusiones que impone ese gran trastorno, es preciso volver, aunque sólo sea para dar un vistazo a la situación nueva, a un punto en que interrumpimos el hilo hace media hora, es decir, a confrontar la trayectoria de la filología española con las tendencias recientes de la lingüística general, con plena conciencia de que después de 1920, y muy especialmente a raíz de la publicación del libro revolucionario de Saussure, el propio concepto y la delimitación de la lingüística general han sufrido un cambio radical. En este sentido, es lícito —aunque no enteramente recomendable por razones de buen gusto— referirse a una lingüística “moderna” que en ciertos ambientes asume el carácter de una corriente “modernista” o “vanguardista”. En el apogeo de las doctrinas wundtianas —fase, me atrevo a insistir, representada en nuestra disciplina por el libro de Lenz, *La oración y sus partes*—, la lingüística general, fuertemente teñida por ciertas doctrinas psicológicas en boga, representaba esencialmente una tentativa de identificar algunos universales mediante el examen de idiomas peregrinos.

No escaseaban importantes alternativas que hacían hincapié en la metafísica, en una economía racional de recursos, en el progreso y que apelaban a menor número de lenguas exóticas, alternativas que asociamos con nombres prestigiosos como los de Brunot y de Jespersen, sin equivalentes en el mundo hispánico ni en el gremio de los hispanistas. Los rasgos que más caracterizan la nueva tendencia son la aspiración a cierta autonomía, la acogida de un sistema jerárquico de valores y preferencias y la propensión a planteos más explícitos. La autonomía empieza con el aprendizaje: mientras hace un cuarto de siglo un principiante, de ordinario, elegía el estudio de “filosofía y letras”, luego se especializaba en un campo como lenguas y literaturas clásicas o románicas y —tercera opción— se declaraba particularmente atraído por el aspecto lingüístico de tal haz de disciplinas filológicas —adquiriendo, a la sordina, unas cuantas nociones de lingüística general—, hoy día la moda dicta una serie de decisiones agrupadas en orden muy distinto. La gran decisión para el neófito es dedicarse al estudio del lenguaje en general, como facultad humana, y no al de lenguas particulares (estas últimas se seleccionan en un estadio posterior, a título de mera documentación); y ese vasto campo de lingüística ya no se sitúa dentro de las humanidades, muy cerca de las “letras”, sino, en el mejor de los casos, en el margen más alejado de las ciencias sociales, donde éstas ya confinan con las ciencias exactas. Manifestación aún más radical de esta tendencia es el deseo (que dos grandes fundadores, Sapir y Trubetzkoy, todavía no compartían) de librar la lingüística de sus lazos con cualquier especulación metafísica y psicológica. La tendencia a la jerarquización se muestra en la estricta separación de los rasgos significativos y de los que no lo son dentro de cada sistema (criterio que sirve, p. ej., para apartar un fonema de un mero sonido); en la preferencia por el análisis descriptivo relativamente sencillo y en el horror a las complejidades de la investigación histórica; en la subordinación inherente al sistema de “niveles” conforme al cual se organizan cada vez más los análisis. La exigencia de lo explícito prohíbe el empleo de términos vagamente definidos y aboga por una elegancia casi matemática en la operación entera. Una lingüística así reinterpretada desde luego no cabía en su sitio tradicional; dicho de otro modo, los “nuevos” lingüistas rehuían todo contacto con historiadores y arqueólogos, sintiéndose atraídos no por eruditos de la vieja escuela, sino por los hombres de ciencia más avanzados —estudiosos de lógica simbólica, de estadística, de teoría de la comunicación.

¿Cabe extrañarse de que, así definida, la lingüística estructural, a primera vista, haya chocado profundamente a los filólogos románicos y muy

particularmente a los hispanistas? Al final de cuentas, ellos habían escogido su especialidad a base de una honda propensión hacia el ideal humanístico. El desagrado intelectual y emotivo, reforzado por la aversión a una terminología excesivamente caprichosa y poco familiar, constituyó una reacción perfectamente natural en esta primera fase del contacto. Lo lamentable es que en el subsiguiente cuarto de siglo no se haya producido ninguna revisión fecunda de tal choque.

Los desastrosos resultados de semejante endurecimiento, que Europa quizás exhiba en mayor escala que el Nuevo Mundo, se pueden resumir así:

1.º) El contingente central de romanistas, que hace unas pocas décadas era dinámico y progresista —testigo los nuevos rumbos fijados en geografía lingüística y en estilística—, da actualmente la impresión de ser conservador, e indiferente u hostil al experimento.

2.º) No faltan romanistas jóvenes que, después de un período de titubeo, se incorporan al nuevo movimiento. Una vez tomada tal decisión, fatalmente rompen con su pasado, no sólo con las enseñanzas de sus maestros directos y predecesores inmediatos, sino con la disciplina entera por la cual optaron en un principio. No me costaría ningún esfuerzo aducir nombres de Portugal, España, Rumania, Suecia y los Estados Unidos. ¡Qué contraste con la preguerra —y con la actitud posterior de eruditos que se formaron entonces—, cuando todavía era posible para los vanguardistas aplicar los nuevos descubrimientos dentro de su propio campo, sin “conversiones” ritualísticas ni abjuración solemne o tácita de una fe antigua! Aludo a Navarro y especialmente a Amado Alonso, primero en España, luego en sus domicilios del Nuevo Mundo, a Gougenheim, a Devoto y Contini en Italia.

3.º) Los estructuralistas más destacados, apoyándose en una preparación muy distinta de la nuestra (p. ej., en estudios antropológicos, orientalistas o indo-europeos), afectan una actitud de innmercedo desprecio hacia las investigaciones románicas en su totalidad, se niegan a sacar provecho de nuestros hallazgos o de tomar en serio nuestros tanteos.

Si queremos superar el actual estado de parálisis, conviene encontrar un punto de arranque para la revisión eficaz de todas las posiciones que prolongan el cisma. He aquí una consideración que bien podría servir como tal punto de arranque. La enorme mayoría de hispanistas que rechazan la lingüística estructural y modernista, en todos sus matices y aspectos, de ordinario no condescienden a investigar si el objeto de su desdén contiene, por lo menos, ciertos ingredientes perfectamente reconciliables con sus propias pesquisas. A su vez, los que se apresuran a acoger la nueva disci-

plina y que, por razones obvias, están mucho mejor enterados de las doctrinas y prácticas bastante heterogéneas que a menudo figuran bajo el rótulo indiferenciado de “estructuralismo”, se empeñan con fervor casi místico en oponer la suma indivisa de lo nuevo a la suma igualmente indivisa de lo tradicional, como si se tratase de algo refractario al fraccionamiento, como una cédula de ciudadanía o un dogma religioso.

Pero la realidad es infinitamente más compleja. Vista de cerca, la lingüística moderna es marcadamente más diferenciada e intrincada en su arquitectura interna de lo que parece a un observador superficial estacionado a distancia. Es cierto que el campo de los modernistas cuenta con varios eruditos —algunos bastante vocingleros— que parecen dispuestos a desterrar toda alusión a psicología, semántica, expresivismo, estilística (con su doble preocupación por la métrica y por las metáforas) y, en casos extremos, toda clase de buceo histórico, máxime las conjeturas etimológicas, por la sencilla razón de que no hay modo de conducir tales pesquisas siguiendo exclusivamente la pauta del empirismo y rehuyendo categóricamente la más leve especulación. Pero junto a semejantes campeones, voceros de una neo-ortodoxia implacablemente dogmática, se encuentran peritos no menos distinguidos en lo técnico, si bien bastante flexibles como para tolerar una delimitación menos mezquina de nuestro campo, siempre que se revisen periódicamente nuestros instrumentos de trabajo.

Para aducir un solo ejemplo concreto: la extraordinaria gama de nuevas posibilidades que deja entrever el agudísimo pensamiento de Sapir todavía no se ha explorado en su propio país ni menos en el extranjero. Ante todo, cabe fijarse en la circunstancia siguiente: cabalmente por haber asumido el carácter de un movimiento vanguardista, la lingüística moderna en el próximo porvenir no puede permitirse el lujo de estancarse, sin parecer de inmediato. Como un cometa, necesita seguir moviéndose, para evitar la disgregación instantánea, y en este forzoso dinamismo vislumbro una posibilidad, quizás la última, de que se corrija un error de estrategia casi fatal para los tan acosados romanistas. Claro es que nadie nos quita el derecho de soñar con la situación más cómoda y ventajosa en que verosíblemente nos encontraríamos si los creadores de la lingüística moderna —un Trubetzkoy, un Sapir, un Bloomfield— hubiesen encontrado en su ambiente inmediato alguno que otro romanista de gran talla, de verdadero talento, sobre todo de suficiente aptitud para formulaciones teóricas —en rigor nunca nos han faltado excelentes peritos prácticos. Es lícito lamentar que no haya cristalizado tal situación hace unos treinta años; pero sería imperdonable colegir de las condiciones actuales, por desfavorables que parezcan, la

conclusión fatalista de que se ha producido un cambio irremediable que para siempre enfrentará a cualquier hispanista de inclinaciones filológicas como una sola alternativa: o permanecer en su campo sin ponerse a tono con su tiempo, o ponerse a tono en lo metodológico, pero tener que volver las espaldas a sus intereses tópicos de hispanista. Tal dilema es artificial; lo sustentan varios sentimientos perfectamente comprensibles y fáciles de racionalizar, tales como el rencor, la envidia, la fidelidad que se convierte en obstinación, el ansia o, al revés, el temor de lo nuevo; pero no se trata de una alternativa esencialmente intelectual, ni menos moral.

VI. *Balance*

Así he llegado a la conclusión siguiente, que me atrevo a presentar en forma de recomendación. Los hispanistas debemos desarrollar suficiente independencia intelectual para asimilar tan sólo aquellos elementos de las corrientes modernas que conciben con nuestros propósitos tradicionales o, por lo menos, no nos alejan de ellos. Sería irresponsable prendarse tanto de una nueva terminología y de algunos nuevos conceptos que ya no quedaría más remedio que abandonar nuestro valioso patrimonio. Igual error estribaría en una reacción negativa, oscurantista a todo lo nuevo, por la sola razón de que nos desazonan ciertos colores chillones, por así decirlo, del modernismo. La solución flexible consiste en saber distinguir lo valioso de lo baladí, en rechazar ésto y elegir aquélllo y, ante todo, en mantener intactos nuestra vigilancia intelectual, nuestra iniciativa, nuestro libre albedrío, que ya nos salvarán de entusiasmos exuberantes a la vez que de una rigidez fatal.

YAKOV MALKIEL

Universidad de California, Berkeley.